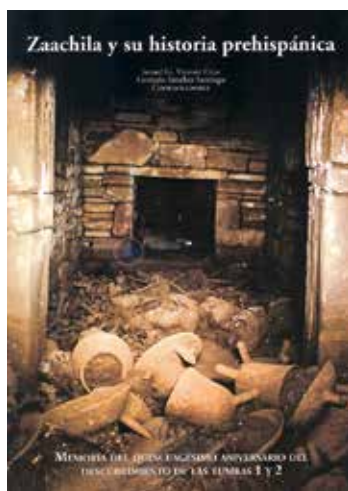


Zaachila y sus secretos develados¹

ÁNGEL IVÁN RIVERA GUZMÁN

ivanriguz@gmail.com



Ismael G. Vicente Cruz y Gonzalo Sánchez Santiago
(coordinadores)

2014 *Zaachila y su historia prehispánica. Memoria del quincuagésimo aniversario del descubrimiento de las tumbas 1 y 2*. SECULTA, CONACULTA, 284 pp.

Zaachila y su historia prehispánica, memoria del quincuagésimo aniversario del descubrimiento de las tumbas 1 y 2 es el libro publicado bajo los auspicios de la Secretaría de las Culturas y Artes del Gobierno del Estado de Oaxaca, coordinado por Ismael G. Vicente Cruz y Gonzalo Sánchez Santiago. El origen de esta publicación se encuentra en la reunión académica para conmemorar el aniversario del descubrimiento de las tumbas 1 y 2, descubiertas por Roberto Gallegos en 1962. Antes de pasar a la revisión de los artículos me parece importante comenzar con un par de reflexiones sobre la importancia de uno de los descubrimientos más sobresalientes de la arqueología mexicana del siglo XX.

La exploración de las tumbas de Zaachila representa un caso excepcional en la arqueología de Oaxaca, donde las fuentes históricas precoloniales y coloniales se unieron para

¹ Texto leído en la presentación del libro homónimo, Casa de la Ciudad, Oaxaca, 27 de febrero de 2015.

dar testimonio de un episodio del pasado ilustre de esta comunidad zapoteca. Aunque no es el único ejemplo en la arqueología de Mesoamérica donde diferentes disciplinas se dan la mano para descubrir el pasado —acaso el más emblemático y conocido es el Templo Mayor de Tenochtitlan—, sí marca un antes y un después en la interpretación del pasado de las comunidades oaxaqueñas. Por primera vez se trataba de identificar, por medio de la arqueología, a uno de los protagonistas de una familia real documentada en los códices de la Mixteca Alta.

De manera similar a la identificación del señor Pakal en el sitio maya de Palenque, el descubrimiento en Zaachila permitía sacar del anonimato a los ancestros enterrados en un recinto mortuorio. La cantidad y calidad de las ofrendas, los detalles preciosistas de los objetos, la imaginería presente en los huesos y la cerámica, así como el emplazamiento de las tumbas dentro del pueblo apoyaban el argumento de su pertenencia a una familia noble. Las piezas recuperadas en su interior solo eran comparables con los de la tumba 7 de Monte Albán, descubierta por Alfonso Caso en 1931. La monografía publicada en 1978 por el arqueólogo Roberto Gallegos, *El señor 9 Flor en Zaachila*, es el referente obligado para conocer los pormenores del hallazgo y base fundamental para conocer parte de la historia de la antigua Zaachila.

Rescate de la grandeza de Zaachila

Con 284 páginas, el volumen cuenta con 10 artículos escritos por investigadores pertenecientes a cinco instituciones nacionales y una extranjera: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Veracruzana, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, y la Universidad de Brandeis. El formato es práctico para la consulta y agradable para la lectura. Las imágenes son de un tamaño apropiado, lo que permite ver con cuidado los detalles de las piezas que se discuten.

El lector agradece a los coordinadores del libro que hayan dedicado un espacio en las páginas centrales para incluir 27 ilustraciones a color, con imágenes de las tumbas, del entorno del sitio, así como piezas arqueológicas emblemáticas. De particular relevancia son las fotografías de Gonzalo Sánchez tomadas en las jambas y dintel de la tumba 4, que quitan el velo del pasado y revelan restos de pintura mural, muy semejantes en estilo y composición a la tumba 1 del Rosario, en Huitzo, y que quizás marquen un patrón entre las tumbas del Posclásico.

El Prefacio, escrito por los coordinadores del libro, detalla el origen de la obra y destaca que fue en parte el gran interés que despertó en la ciudadanía de Zaachila y en las autoridades lo que motivó la publicación del trabajo.

La Introducción, escrita por Marcus Winter, advierte al lector que la arqueología de Zaachila no se remite solo a las tumbas 1 y 2 y sus abundantes ofrendas; hace un breve repaso de la importancia del sitio en la arqueología del valle de Oaxaca y su añeja ocupación, además de ofrecer tres temas para futuros estudios del lugar: la ocupación preclásica correspondiente a las Fases Tierras Largas y San José; el papel de Zaachila en la fundación de Monte Albán; y la ocupación durante el Clásico tardío o fase Xoo. Estos temas representan retos para la investigación arqueológica actual y futura.

El primer artículo escrito por Javier Urcid, “Al pie de la montaña sagrada: una historia más antigua de Zaachila” nos remite al estudio de 27 monumentos grabados descubiertos en el centro del pueblo y sus alrededores. Es sumamente interesante, pues revela los nombres de los protagonistas del pasado zaachileño, algunos representados en lápidas funerarias, mostrando hasta tres generaciones de una sola familia. En otros casos se les muestra en una reunión sobre sus respectivos glifos topónimos, cuyo análisis deja entrever una relación, muy evidente a nivel gráfico, que enlaza a Zaachila con los sitios de Monte Albán y San Raymundo Jalpan, pues un motivo formado por un triángulo invertido se encuentra en las estelas y vasijas efigies de estos tres lugares.

La propuesta de Urcid va más allá, sugiriendo que el antiguo topograma de Zaachila estuvo conformado por un conglomerado glífico formado por un cerro y una bolsa de copal, aunque el autor había propuesto en otra publicación que el topónimo del asentamiento incluía una plataforma escalonada con imágenes de serpientes y una máscara de Cociyo. Por medio del estudio contextual de los monumentos se sugiere la existencia de un juego de pelota del Clásico en el área donde actualmente se encuentra la iglesia, así como de una residencia de la fase Xoo en la base del reloj de la plaza. La epigrafía y la iconografía también convergen para la identificación de un señor 5 Caña-Hoja, presente tanto en las cabezas de Xicani de Zaachila, como en el programa narrativo del juego de pelota de Monte Albán, lo que viene a reforzar la idea del nexo entre la gran ciudad y el antiguo asentamiento zaachileño. Testigos del pasado de la comunidad, estos monumentos se conservan en el pueblo y este estudio hace comprensible su contenido y resalta la importancia de su cuidado y conservación.

Siguiendo con la iconografía, en “Los Señores 5 y 9 Flor de Zaachila”, Víctor de la Cruz propone una nueva lectura e interpretación de la imagen de la página 33 del código Tonindeye (también conocido como Nuttall), donde se muestra un glifo topónimo formado por un conjunto de elementos: un gran templo decorado con almenas, una peña encorvada con un árbol y un río con un ave quetzal en su interior. Concluye que el lugar que se representó en el código es el sitio de Yagul, en el valle de Tlacolula, y no Zaachila. Cualquier nueva identificación o discusión de los topónimos en los códigos mixtecos es bienvenida

y siempre es materia de debate entre los especialistas. La propuesta del autor es temeraria, pues echaría por tierra los diferentes argumentos que han identificado al señor 5 Flor con Zaachila, empezando desde la obra del mismo Roberto Gallegos. Desde luego hay elementos a discusión dentro del topónimo: el cerro torcido, bien podría ser la representación del mismo montículo B conocido como “el cerrito”; el río con el ave podría tener que ver con la asociación con un río de linajes, como ocurre en la representación del pueblo mixteco de Apoala en el mismo códice, o del pueblo chatino de Juquila, cuya imagen también está representada por plumas largas de quetzal. Un río de linajes no sería extraño para Zaachila, tratándose de uno de los señoríos principales del valle.

Nuevas hipótesis del pasado

En el “Análisis del conjunto arquitectónico de las tumbas 1 y 2 de Zaachila”, discutido por Robert Markens, se llega a la conclusión de que las construcciones del montículo A pertenecen al Posclásico temprano, o fase Liobaa. Asimismo, se lanza la hipótesis de que debajo del patio y los aposentos que actualmente son visibles pueda existir una construcción que pertenezca a la fase Xoo. Tal argumento es plausible debido a otras evidencias que sugieren una ocupación del Clásico Tardío en el mismo sector, como lo señaló Urcid en su contribución. Sobre el uso del conjunto, se considera que, por un lado, fue una residencia y, por otro, fue usado como un mausoleo dedicado al culto al linaje real. El argumento señala como base el paradigma de una *montaña de sustento*, presente en la ideología de las sociedades mesoamericanas. Efectivamente, los grandes basamentos mesoamericanos parecen replicar a las montañas donde habitan los seres sagrados o “dueños”.

Markens hace hincapié en la imaginería relacionada con el agua, que para él es representada en las grecas escalonadas que sirven de decoración en las tumbas. El agua es un rasgo presente en el paradigma de la montaña sagrada, pues las grandes montañas eran concebidas como almacenadoras del vital líquido, entre otras riquezas. El investigador cierra su artículo con la reflexión sobre la importancia de Zaachila en el Posclásico Temprano, un periodo que poco a poco se está conociendo mejor gracias a sus estudios.

“Antecedentes arqueológicos del señorío de Zaachila”, de Marcus Winter y Cira Martínez López, hace un repaso de los hallazgos conocidos y documentados a la fecha. Se basan en rescates efectuados hace años en el centro y en los alrededores de la comunidad. Destaca la presencia de cerámica perteneciente a la fase Tierras Largas, lo que indica una ocupación humana de más de 3,500 años en el lugar; este dato, junto al hallazgo de la cerámica de la fase San José, indica que Zaachila ya pudo haber sido una comunidad importante desde antes de

la fundación de Monte Albán. Los autores comentan que tal ocupación puede deberse a la ubicación estratégica que tiene el lugar en relación al valle y los ríos. Prácticamente dentro del área del aluvión, la cantidad y disponibilidad del agua y las tierras pudieron ser un factor clave para la permanencia y continuidad de habitación durante siglos. También destacan la presencia de ocupaciones posteriores a la fundación de Monte Albán, y lanzan la hipótesis de que Zaachila habría sido una comunidad que participó en la fundación de la ciudad zapoteca. Su relativa cercanía, así como la disposición de las tierras agrícolas pudo haber sido una garantía para la estrecha relación entre ambas comunidades. Durante el Posclásico la evidencia sugiere que hubo una continuidad en la ocupación y no hubo un abandono tan drástico como se puede ver en otros sitios del valle de Oaxaca. Los 3,500 años de ocupación humana permanente en una sola comunidad es algo de lo que pocos lugares en el mundo se pueden vanagloriar.

En “El devenir de Zaachila en la historia prehispánica”, el maestro Roberto Gallegos Ruíz nos comparte el contexto histórico en el cual se dio el hallazgo de las tumbas. Este es el artículo más entrañable del libro, pues parte de las anécdotas del descubridor y nos traslada a la década de 1960. La arqueología no es ciencia de un solo individuo, Gallegos contó con importantes colaboradores en su investigación: Arturo Romano, Jorge Angulo, Carmen Pioján y Alberto Beltrán; el informe de su trabajo formó la base para que Gallegos se titulara como arqueólogo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (Román Piña Chan fue director de su tesis).

En “Un dintel grabado en la acrópolis de Zaachila”, Ismael Vicente G. Cruz y Javier Urcid documentan el hallazgo de un monumento grabado en el montículo B del sitio. El dintel aporta información relevante pues parece conmemorar a una pareja de personajes llamados 5 Lagarto y 1 Búho. Este hallazgo es sensacional, pues viene a confirmar la ocupación desde la fase Peche (500 años antes de Cristo) en el montículo. ¿Cuántos otros monumentos grabados existirán en el conjunto? Resguardada ahora en el pequeño módulo de información de la zona arqueológica, es, irónicamente, la única pieza originaria del sitio que se encuentra en el sitio. El artículo también aborda el reto del mantenimiento y cuidado que se debe de tener para la conservación del sitio, tarea necesaria y obligada para el INAH.

En el “Montículo de la capilla de San Sebastián en Zaachila”, Alicia Herrera Muzgo e Ismael Vicente G. Cruz examinan el basamento ubicado al sureste del conjunto principal. Ocupado desde por lo menos la fase Xoo, la estructura fue usada nuevamente en el Posclásico. Este artículo documenta con detalle los hallazgos y características del montículo, así como la ubicación de las dos tumbas prehispánicas descubiertas en los años setenta, y que sólo se pueden visitar con la anuencia del comité de la capilla. El espacio no ha perdido su sacralidad, pues sobre el montículo se erige una capilla católica. Recuerda el fenómeno de la tumba

7 de Monte Albán, un espacio funerario sobre el que se construyó un edificio ceremonial siglos después de su diseño original. La documentación de los hallazgos en el montículo y sus alrededores permiten conocer en detalle, poco a poco, sus características y posibles usos. “Manifestaciones zapotecas en el Istmo de Tehuantepec durante el Posclásico tardío”, de Alma Z. Montiel Ángeles y Víctor M. Zapien López, parte del estudio de las fuentes documentales coloniales, que mencionan la migración de zapotecos del valle de Oaxaca al área del Istmo de Tehuantepec durante el Posclásico, para luego contrastar esta información con los datos arqueológicos. Esta contribución es muy interesante, pues los autores detallan las evidencias en la cerámica, el patrón de asentamiento y los entierros excavados en varios sitios dentro del valle de Jalapa del Marqués, entre el Clásico y el Posclásico. El área del Istmo de Tehuantepec ya era ocupada desde hacía siglos por otra cultura, pero los autores concluyen que sí es evidente la presencia zapoteca en el Istmo durante el Posclásico y que ocurrió en por lo menos dos momentos diferentes. Formulan una pregunta interesante: ¿qué ocurrió con la población local?

José Leonardo López Zárate, en su artículo “Instrumentos bélicos en la imaginería zapoteca prehispánica”, nos muestra la diversidad de objetos relacionados con la guerra en diversas manifestaciones artísticas: figurillas de cerámica, pintura mural y escultura. El autor logra identificar cascos y yelmos, armaduras acolchonadas, rodela, lanzas largas, mazos sólidos, cuchillos curvos y lanza-dardos, así como una serie de rasgos en los atavíos de los guerreros: trajes completos de guerreros, tocados, capas y calzado; algunas insignias quizás pueden ser consideradas como testimonios de combates: cabezas-trofeo.

En “El complejo serpiente-búho en los silbatos zapotecos del Clásico”, de Gonzalo Sánchez Santiago, el autor describe un tipo de silbatos con una particular imaginería formada por un tocado en forma de serpiente. En este caso, su representación parece estar estrechamente relacionada con la “serpiente de guerra” de Teotihuacán, una forma que fue ampliamente relacionada con el poder expansionista de la ciudad del centro de México durante el Clásico. Por otro lado, el sonido que emite el silbato es muy semejante en frecuencia al canto del búho, cuya imagen está relacionada con un emblema de guerra que también tiene su origen en la ciudad de Teotihuacan. El autor encuentra una asociación entre la imagen de la serpiente y el sonido del búho para relacionar a estos objetos con una clase guerrera, misma que se habría apropiado de un elemento foráneo, en este caso de origen teotihuacano, para difundirlo entre la sociedad zapoteca.

El Apéndice del libro muestra diferentes notas de los periódicos de la época dando noticia del hallazgo de las tumbas de Zaachila.

El pueblo de Zaachila debe estar consciente de la importancia de su historia. Cada pequeño hallazgo, por menor que parezca, ayuda a formar el gran rompecabezas de la historia

zaachileña. Los datos arqueológicos que nos ofrece este volumen permiten establecer que el pueblo ya tenía una importancia relevante desde el Formativo. Quizás el mismo paisaje geográfico, con las grandes peñas emergiendo de los llanos aluviales, llamaría la atención para formar ahí la antigua comunidad. Zaachila, coinciden todos los autores, es una comunidad privilegiada. Pocos pueblos del valle de Oaxaca tienen una ocupación humana de más de 3,500 años de antigüedad. La arqueología de Zaachila depende en gran medida de la colaboración y el cuidado que los mismos zaachileños tengan sobre su patrimonio. Este libro es un ejemplo interesante de la difusión del conocimiento científico para el gran público y puede ser semilla de entusiasmo para las nuevas generaciones de investigadores.